

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

¿Se acuerdan Vds. de un libro de Jorge Sand, titulado *El último salvaje*? Pues no vale nada; el asunto y el título son fundamentalmente falsos.

Yo ví el 2 de mayo junto al café Suizo gran número de salvajes, y aun me persuadí tristemente de que tampoco eran los últimos.

Eran salvajes afeitados: algunos de ellos iban metidos de piés y manos en botas y guantes, hablaban un idioma culto y sonoro, y con un sombrero de copa se cubrían lo que sobresalía entre sus hombros.

De debajo de los bigotes les salían unas palabras que, al parecer, les servían para expresar lo que aquellos hombres tenían en lugar de ideas y sentimientos.

Yo les ví gritar indignados contra un proyecto de manifestación que jamás había existido; les oí calificar de escapados de presidio á los que habíamos asistido al café Internacional; les oí decir que el pueblo madrileño era un cobarde, porque no nos asesinaba; les oí afirmar que contra las teorías modernas era excelente remedio el garrote de á seis libras.

Y despues de oírles me indigné á mi vez contra Jorge Sand, que me había hecho creer en la extinción de los salvajes, y no he pensado en otra cosa hasta que el obispo de Cuenca ha tratado de inducirnos á emprender una piadosa guerra, con objeto de que el rey de Roma viva más tranquilo que nosotros.

Pero antes que el obispo hablara lei que ninguno de los bárbaros agresores contra la pacífica reunion del café Internacional había sido preso, y supe que *La Igualdad* había sido denunciado, recogido y estropeado en sus moldes, y ví que *La Iberia* daba las gracias á las autoridades que no turban el reposo de los apaleadores.

Despues he visto la protesta y explicación de los sucesos ocurridos en la tarde del 2 de mayo, documento firmado por Francisco Mora y José Mesa y Leompart, en cuyos párrafos se huye de aquel principio ministerial de que contra ciertas violencias todos los medios son lícitos y legales, no se lamenta que haya pocos periodistas en los presidios, ni se promete el pronto término de la guerra de Cuba, ni se sigue la salvadora línea que los hombres de la revolución dejan trazada en todos sus documentos.

La protesta dicha es lo más insípido y *bourgeois* que puede imaginarse: se invocan la razón, el derecho, la libertad... nada, cosas de chicos.

Una vez enterado de esto y despues de bendecir á la divinidad, sea cual fuere, que me sacó ileso del café Internacional y de los susodichos salvajes almidonados que ocupaban la opuesta acera, me enteré de que mientras Martos se mostraba dispuesto á salir del gabinete si no se aplazaban las elecciones municipales, sus demás compañeros hacían publicar en los periódicos la noticia de que en efecto iban á aplazarlas.

Y como con este feliz encuentro de propósitos, vino á coincidir el deseo mostrado por el gobierno de emprender la consabida reforma de las leyes orgánicas, empezando por las provinciales y municipales, se me abrió el corazón á la esperanza de sucesos verdaderamente políticos.

Prefiero esto á que me hubiesen abierto la cabeza en el café Internacional.

Cierto que eso de encontrar defectos fundamentales en unas leyes hechas ayer mismo por unas Constituyentes y de acuerdo con el mismo gobierno, que hoy cae en la cuenta de que son malas en el fondo, es un poco risible; pero ¡caramba! ¿no se ha de divertir tambien un poquito el gobierno?

Ea, que no todo ha de ser austeridad y lobreguez en las esferas ministeriales. Echen los Excmos. una cana al aire y ¡vivan las reformas!

Roberto Robert.

TRAJES.

Luego dicen...

Pues ¿qué más han de hacer las autoridades de todas clases y categorías que estudiar con calma y detenimiento el traje con que han de presentarse en público sus agentes?

Pues qué, ¿basta la ley para administrar justicia? ¿Es suficiente el artículo tantos, y el párrafo tal de tal ley, y su inmediata aplicación, para que las vidas y haciendas de los ciudadanos queden garantidas?

¡Oh, no! ¡Error funesto, funesta utopía de estos tiempos demagógicos y trastornadores!

El traje, el hábito, el uniforme. Estos son los grandes distintivos del hombre, y los que hacen diferenciar el ciudadano del cura, y ambos de la autoridad.

¿Qué nos parecería ver al sacerdote oficiando con frac, ó al municipal velar por el orden muy puesto de casulla, ó al ciudadano asistir al taller con casaca abrochada y chaskás con plumero? ¿No está patente el antagonismo?

Por eso es bien que las autoridades de todas clases y categorías, en cuyas manos hemos depositado nuestras vidas y haciendas para su guarda y conservación, revuelvan figurines, consulten colores, armonicen dibujos y examinen paños y cortes de levita, buscando en todo esto el medio más eficaz de evitar

desmanes, cortar abusos, abolir malas costumbres y cercenar inmoralidades.

De la ley se podrá prescindir cuando gusteis; del uniforme de las autoridades, jamás.

Yo espero, pues, que andando el tiempo hemos de tropezar con la levita más á propósito para evitar robos domésticos, y el cubre-cabezas más ingenioso para extirpar los asesinos.

Lo espero, digo, y lo espero con fundamento, porque la autoridad no levanta mano en el asunto y lleva ya hechas unas cuantas probaturas que dan tal cual resultado.

Con paciencia, con perseverancia y con asiduidad irán sacando pieza por pieza un traje *ad hoc* para los agentes de orden público, y probable es que á la vuelta de cien años ni quede impune un delito ni siquiera se viole un artículo de las leyes.

Haced un poco de memoria.

La revolución de Setiembre nos trajo los gendarmes de sombrero de copa y americana azul. Uniformados todos de este modo, se distribuyeron por esas aceras de Madrid los agentes á mantener el orden y adornar las esquinas.

Pero ¿qué hombre, por poco criminal que sea, obedece á una autoridad de sombrero de copa y chaqueton? Así es que los crímenes se sucedían con desahogo.

Y ellos, que se creían inútiles, digo más, impotentes, huían de los motines, de las riñas y de los escándalos como huye un ministro de dar cuenta de sus actos.

Y ocurrió lo de Azcárraga, y no se vió uno para un remedio. Acaeció lo del teatro de Calderón, y lo mismo. Lo de Prim, y lo mismo. Se asaltaron redacciones de periódicos, y lo mismo.

Entonces la autoridad cayó en la cuenta de que quizás los agentes necesitaran un carrick inglés, y se lo pusieron. Completamente inútil.

«¿Si les faltarán revólvers? Démosles revólver.» También inútil. Se robaba, se hería, se aporreaba lo mismo que antes.

Pero, señor, ¿en qué consistirá esto? volvió á decir la autoridad. Mudémosles el traje.

Y vino entonces la reforma que convirtió al agente de orden público en un sér mixto de guardia civil, ataud y fortaleza.

Y se les vé por esas calles, paseo arriba, paseo abajo, con sable al cinto, revólver cargado y... no sé si llevarán aun más armas ocultas.

Pero esta última reforma no ha dado mejor resultado, puesto que la Partida de la Porra se enseorea de Madrid, organizada tan bien ó mejor que una sociedad de secuestradores.

Es por lo tanto preciso pensar en alguna nueva reforma; yo me atrevo á indicar que debe desaparecer la cinta amarilla de los tricornos, y deben armarse los agentes con una carabina. Proyecto al canto.

Tampoco hemos sido más afortunados en lo que respecta á los guardias del ayuntamiento.

Se observaba que tendían la ropa en los balcones;

que regaban de noche los tiestos y los sombreros; que vertían las basuras en las calles; que descargaban carbon á las dos de la tarde; que entorpecían las aceras los vendedores, los músicos andantes y los vecinos que tomaban el fresco, etc., etc.

Y se pensó en dar otro uniforme á los agentes para ver si así se cumplían los reglamentos de policía urbana.

Y se les ha dado traje nuevo, convirtiendo además cada encargado de hacer cumplir los bandos en un guerrero.

Sin embargo, ¿queréis creer que á pesar de llevar revólver de día y noche, y sable de noche y día los guardias urbanos, aun se entorpece el paso al transeunte, todavía chorrean agua los balcones por la noche, y sigue descargándose á las dos de la tarde el carbon?

Pues creedlo, porque así sucede ni más ni menos.

De modo que, armados de sable y revólver continuamente los agentes de la autoridad, estamos sin embargo tan mal como estábamos antes.

Por lo tanto procede que tomemos una determinación decisiva para evitar la repetición de los abusos. ¿Qué medida adoptar? Mudar el traje á los agentes de la autoridad y aumentarles el armamento, que por ahora no hace falta echar mano de la ley.

Manos á la obra.

CORZUELO.

## DIALOGOS EDIFICANTES.

### En la presidencia.

—Señor, una comisión de ganaderos viene á ver á V. E. con el fin de tratar sobre reforma de estadística.

—Ahora no puedo ocuparme en pequeñeces; hay esta noche recepción en mis salones, y tengo que dar las órdenes para que dispongan el *buffet*; como que si no estuviese bueno nadie vendría.

### En Guerra.

—Señor, una comisión de oficiales *postergados* desea ver á V. E.

—Diga Vd. que hoy no puedo recibirla; tengo baile de niños en casa, y me necesita la duquesa.

### En Marina.

—Señor, una comisión de los trabajadores del arsenal de Cartagena desea ver á V. E.

—¿Y qué tengo yo que ver con esos marineros, ó trabajadores, ó lo que fueren? ¡Siempre serán de los que se han declarado en huelga: ea, yo no recibo genticilla, y que trabajen si tienen dónde, y si no que se fastidien.

### En Estado.

—Señor, una comisión de emigrados desea ver á V. E.

—No puedo recibirla; dé Vd. cualquier excusa.

—Pero, señor, ¿qué digo?

—Que estoy afeitándome. Vamos, ¡a que no me dejan ver las pruebas de mi contestación al obispo de Cuenca!

### En Fomento.

—Señor, una comisión de maestros hambrientos y haraposos (como ciertos antiguos duques) desea ver á V. E. para rogarle se sirva aliviar su situación con alguna paga *atrasada*, aunque sea de limosna.

—Ahora no puedo pensar en esa niñería. Me esperan en Fornos... digo, no, en Los Cisnes; no, en palacio; en fin, diga Vd. cualquier excusa: me voy á escape.

### En Gobernación.

—Señor, una comisión de periodistas viene aquí.

—¿Periodistas, eh? Que los lleven al Saladero.

—¡Señor, son... liberales!

—¡Que los fusilen!

—¡Señor, que son socios de la Tertulia!

—¡Ah! Que pasen, y traiga Vd. jamon y vino.

### En Hacienda.

—Señor, numerosas personas y diez comisiones citadas por V. E. esperan en el salon.

—No puedo recibirlas hoy; tengo todo el dia ocupado: he de hacer un discurso en la Academia, he de ir á las conferencias de San Vicente de Paul y luego á despachar con S. M.

### En Gracia y aun Justicia.

—Señor, una comisión de *oposidores* á las plazas de *aspirantes* á jueces desea ver á V. E. á fin de que se sirva señalarles fecha para las oposiciones.

—Basta, no puede ser ahora: están por colocar algunos amigos: demos tiempo al tiempo, aguardemos los jóvenes que están concluyendo la filosofía para estudiar derecho; es preciso que todos sean atendidos.

### En Ultramar.

—Señor, los antiguos compañeros de letras desean ver á V. E.

—¿Quiénes son?

—Varios *bohemos*, segun dicen.

—No puedo recibirlos.

—Invocan su antigua amistad.

—Una cosa es la amistad, ser ministro es... otra cosa.

### Epilogo.

#### La Iberia.

—Todos los señores ministros se ocupan asiduamente en despachar los asuntos de sus respectivas secretarías, en términos que apenas les quedan horas de descanso.

#### La Correspondencia.

—Anoche hubo gran comida en Fornos; asistieron los señores ministros.

—Anteanoche se verificó el anunciado banquete en Palacio; asistieron los señores ministros.

—Hace tres dias se verificó en el teatro de... la función á beneficio de...; asistió el rey y todos los ministros... etc., etc.

## ECCE HOMO.

Si yo no supiera que Barba-azul es un personaje fabuloso, dueño de un castillo, poseedor de un cañon y caprichoso y voluble para el amor; si yo no hubiera visto á Salas y á Puget decir por música: «Yo soy Barba-azul.» «*Je suis Barbe-bleue*,» creeria que Barba-azul era el mismo mimito D. Salustiano de Olózaga, gran orador, gran diplomático, gran Toison, gran presidente, gran embajador... en fin, la grandeza en todas sus partes.

Yo reconozco la grandeza donde la encuentro; esta cualidad no me la podrán negar mis enemigos; así es que lo mismo es oír el «D. Salustiano,» me tienen Vds. adoptando una postura reverente, sombrero en mano y aire compungido, como hacían nuestros abuelos cuando se nombraba entre ellos al muy poderoso señor D. Carlos IV.

Y es que—obsérvenlo Vds.—hasta el nombre *le pega* al señor presidente de las Cortes. ¡D. Salustiano! ¡La inmensidad!

Con que... digo, si habré visto con placer y con satisfacción el acto de la mayoría de compensarle con la presidencia del Congreso de la pérdida de la embajada.

Porque D. Salustiano, es mi parecer, no sirve sino para grandes puestos; presidente de una Cámara, embajador, presidente del Consejo, en fin, cosas así. ¿Quién hace al Sr. Olózaga compromisario? ¿Quién le nombra director de un ramo? ¡Oh! ¡Sería un antagonismo! ¡Una decepcion!

Así es que su elección para presidente del Congreso vale cualquier cosa. Sombra de orador, restos de diplomático, residuo de presidente, ¡ahí es nada!

El respeto, la veneracion, la autoridad... ¡todo en una pieza! ¡Oh fortuna!

Convengamos en que los españoles estamos protegidos por la Providencia, que nos ha concedido un Cid en el siglo XI, un Olózaga en el XIX, ¡novecientos años despues!

Porque yo tengo la evidencia de que este orador

conjuraria tempestades parlamentarias aun despues de muerto con solo sentarle en el sillón presidencial, como el altivo Rodrigo ganó, ya cadáver, una batalla con solo montarle en Babieca.

No necesito más demostracion para ello que las sesiones de Cortes que van trascurridas bajo su direccion.

El da la palabra, quita la palabra, aconseja con la autoridad de su experiencia, interpreta con su criterio experimentado, resuelve con su superioridad política... vamos, una notabilidad hecha y derecha.

Da gozo oírle.

—Señor diputado, que se extravía Vd.—Eso no es de la cuestion.—Eso no es hablar de actas.—¡Vamos! le dejo á Vd. hablar de lo que quiera.—Al orden por primera vez.—No lo permite el reglamento.—Ese artículo quiere decir tal cosa.

—¿Puedo hablar de instituciones?—Bueno, hable usted.—¿Me deja Vd. contestar á una alusion?—No señor.—¿Quiere Vd. que haga una pregunta?—No señor.—¿Quiere Vd. que haga una pregunta?—Sí señor.

Vaya, ¡que me entusiasmo yo con el Sr. Olózaga! A su lado me parecen á mí los señores diputados niños de teta, colegiales ó cosa así, y temo que un dia pida uno la palabra y diga equivocadamente: «Señor maestro, Castelar me está diciendo cosas al oído y no me deja estudiar.»

Pero los chicos, ¡ya se vé! son malos de *nativitate* y ¡le hacen pasar cada berrinche!...

Ahora se les antoja á unos cuantos apoyarse en no sé qué artículo de la Constitucion, y charlar, y aludir, y hacer consideraciones acerca de... (no quiero yo decirlo, que no soy diputado.)

Pero, señor, ¡qué terquedad! ¡Qué intemperancia! ¡Qué osadía! ¿No dice el Sr. Olózaga que eso es indiscutible? ¿No dice que es inconveniente? ¿No dice él que es antidemocrático hablar de... *él?* Entonces, ¿qué Constitucion, ni qué artículo, ni qué niño muerto buscan en su apoyo? ¿Sabrán ellos interpretar la Constitucion como D. Salustiano? ¿Osarán superarle en conocimientos político-diplomáticos? ¿Se atreverán á disputarle la lógica, la penetracion? Mire Vd. que es mucho!

Y no le vale el «No hay palabra,» ni el «No hay artículo,» ni el «Más tarde,» ni el «A votar.»

Y se levanta un ministro y grita. Y se levanta otro y se le va la lengua. Y se alza otro y apostrofa. Y un diputado dice: «Aquí no hay reglamento, ni presidente, ni orden.» Y dice otro: «Cumpla Vd. con su deber.» Y otro dice: «Pues hablaré de eso cuando quiera y como quiera, y hablaré, y hablaré, y hablaré.»

¡Vamos, le digo á Vd. que se necesita una paciencia superior á la del santo Job!

Y es que hay hombres incapaces, y por eso algunos se obstinan en creer que el Sr. Olózaga es ni más ni menos que un político como otro cualquiera, de esos vulgares que vemos por ahí arreglando naciones. ¡Quía! ¡Buena diferencia va!

Ahora se dice por ahí que va á dejar la presidencia del Congreso. ¿Será posible? ¿Tan obcecados estarán los señores de la mayoría que consientan en ello?

Pues ¿quién puede reemplazarle? ¿Qué diputado hay con la calma suficiente para presenciar cada dia un alboroto y no hacer uso de su autoridad para evitarlo?

Porque si él deja que la mayoría increpe á la minoría es por dar paso franco á todas las ideas, y si se opone á que las minorías tomen la revancha es por mor de evitar ciertos conflictos impropios de aquel sacrosanto sitio.

Yo creo, en resumen, que algunos señores diputados no conceden al Sr. Olózaga todas las cualidades que le hacen envidiable, y le niegan inconscientemente los méritos que en él resplandecen.

La verdad es que si él, en su omnipotencia, sabe cuáles son las cosas discutibles y cuáles las indiscutibles, todo el que le lleve la contraria será... nada, un petate, cualquier cosa.

Y—preciso es reconocerlo—las Cortes no estarán bien arregladas hasta que el Sr. Olózaga no adopte la determinacion de evitar toda clase de discursos que no sean los encomiásticos de su persona.

Porque el interés general del país, en medio de todo, no vale la pena, y para eso solo no se convocan las Cortes; ahora, el hablar de D. Salustiano y echarle unas florecitas ¡vamos! ya es otra cosa.

Y si no, díganme Vds.: ¿Qué es la España?—Una nacion cualquiera.—¿Qué es el Sr. Olózaga?—Una notabilidad física, moral, política, intelectual... ¿qué me sé yo cuánto más?

LAMELA.



—Crea Vd. que estoy desesperada, sin saber qué carrera dar á esta criatura.  
 —Hágale Vd. fondista, que es la ocupacion más lucrativa que hay en tiempo de progresistas.

*Señora... el Chico... promete.*

## LOS RADICALES.

Progresistas y demócratas todavía se llaman mi bien y chacho mio; pero ya con aquella tibieza conyugal que sucede á las treinta lunas posteriores á la de miel.

Los diarios progresistas tributan aun piropos á los oradores demócratas; usan de pulcras maneras y cortes razonamientos al mostrar que no están identificados con la gente radical; pero en el nimio cuidado, en lo excesivamente ceremonioso del trato, se ve que el amor ha muerto entre los dos esposos.

Delante de la gente se acarician; pero uno de ellos puede decir del otro como decia la enamorada mora al llorar los desvíos de su amado:

«Si le digo: ¡vida mia!  
 me responde: mis entrañas;  
 ¡pero con una tibieza  
 y un hielo, que me las rasgan!

Si la causa le pregunto,  
 dice que yo soy la causa;  
 ¡y miente, que allí me tiene  
 ociosa y enamorada!»

También esto es cierto; ¡ociosa y enamorada!

¡Oh, qué se hicieron los tiempos felices en que la situación tenia direcciones generales para demócratas, subsecretarías para demócratas, gobiernos de provincia para demócratas, plazas de oficial de ministerio para demócratas!

Y aunque hoy, lo mismo que antes, la democracia desea, anhela, ansía mostrar á la situación su cordial afecto en los destinos de más responsabilidad y peligro que, como es justo, son los mejor retribuidos, ¡ahí se queda la pobre «ociosa y enamorada!»

Quando se me representa aquella triste noche de

San José, que es como si dijéramos *illius tristissima noctis imago*, y recuerdo el amoroso impulso con que se echaron en los abiertos brazos del que gritaba: ¡radicales á la defensa! y los contemplo ahora, me quedo cabizbajo y reflexionando en lo caduco de los afectos terrenales.

La democracia se peina, se asea; es dócil á las insinuaciones progresistas; le conlleva el mal humor; le pone la comida á sus horas; le tiene preparada la ropa limpia y con un brillo de plancha que da gusto de ver; pero el progresismo distraído, taciturno, quizá siente enojo por las mismas finezas que recibe.

Antes, la pobre democracia aun se atrevería á pedirle que la sacara á paseo.

Se le colgaba cariñosamente del cuello y con mucho mimo le decia: Ahora... quisiera que me llevases á una embajada. Oyes: si no te causaba extorsion, podrías complacerme llevándome á tal oficina...

Ahora, ¡infeliz! se pasa las tardes y las noches esperándole al balcon, desde que hace calor, y ¡él no vuelve! y se lo gasta todo, tiempo y dinero, con sus camaradas, con aquellos mismos de quienes habia querido separarse para siempre al tomar estado matrimonial, y ¡quién sabrá dónde va con ellos!

En verdad que da lástima ver el interior de ciertas familias.

Ella, la pobre, no le olvida un momento. Siempre está pensando en él y dice para sí: ¿Pero no conoce que si mañana está enfermo, nadie le ha de cuidar con mejor celo que yo? ¿No ve que le coso y le plancho y no soy mujer de abusar de reuniones ni sociedades?

¿Pero qué saca de esto la aburrida esposa? Nada.

El otro día... no, era de noche. La otra noche, sumida en el abandono, cogió un libro para distraerse, y dando con la enérgica frase de Cambrón, exclamó de pronto:

—¡Así debería yo replicarle cualquiera otra noche como la de San José!

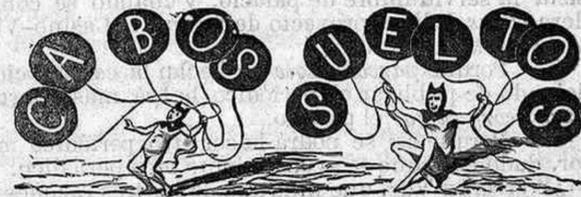
Pero en aquel momento llamaron á la puerta.

Era él, que se retiraba un poco enfermo.

Y aquel modelo de esposas, olvidándolo todo menos su acendrado amor, envió por el médico, le dió tila y se pasó toda la noche velando á su lado.

Digo, ¿es esto querer?

GIL BLAS.



Y sin peligro del orden público, ¿no podría permitirse que los mozos de las fondas bajaran á las estaciones de los ferro-carriles, como se practicaba antes en Madrid y como se sigue practicando en todas partes?

Entre el abuso y la prohibicion hay el término medio, que consiste en las prudentes medidas.

Hoy se perjudica á los fondistas y á los viajeros, entregados á la privilegiada explotacion de los mozos de los ferro-carriles.

Si el señor gobernador de Madrid se entusiasmase con la idea de ser equitativo, y colmase nuestros deseos por amor al público y á los contribuyentes fondistas, una voz evangélica le diria: «Mucho te será perdonado, porque mucho has amado.»

✱

*La Espumadera de los siglos.*—Por el anuncio de hoy verán nuestros lectores que ya se ha publicado el tercer reparto, en que termina el capítulo *Los Cruzados* y comienza *El Pillaje*.

¿El pillaje, eh? ¡Cosas de demagogos!

✱

Esta semana se ha metido á católico un maestro que hasta ahora habia hecho de protestante en la calle de la Cabeza.

Como la sogá tras el caldero, numerosos chiquillos de su escuela, tan convencidos como él de sus antiguos errores, se han desprotestantizado.

Esta apostasia le ha valido al maestro que todo un obispo se dignara bautizarle una hija; que unos condes fueran padrinos de la chica, y diesen regalitos y dinero en metálico sonante al padre y á la madre.

¡Señor... encógete de hombros, que bien saben lo que se hacen!



¡Tres ascensos á capitanes generales se preparan! En vista de lo que ascienden los militares sin ir á campaña, ya no debian celebrar á Santa Bárbara, sino la Ascension.



El *Gaulois* dice que la *Commune* de Paris ha saqueado el palacio de la Legion de Honor.

Tambien podria decir que la *Commune* se habia comido un arzobispo á la vinagreta.

¿Quién se lo impide?



«Ya está terminado en el ministerio de Gracia y Justicia el presupuesto de obligaciones eclesiásticas para el próximo año económico.»

Así dice un diario.

Yo sé que ese año económico será un año de despilfarro como todos.

Treinta millones al rey, catorce á las monjas, ciento setenta al clero, etc., etc., me parece que esto no es economizar.

Por lo demás, tengo deseos de saber si como primera obligacion eclesiástica se señala la de vivir á costa ajena.

Espero que sí.



La diputacion provincial de Zaragoza ha obsequiado al autor de *La Capilla de Lanuza* con 4.000 rs.

Mucho más merece Márcos Zapata; pero bendita sea la diputacion zaragozana, que hace lo que puede honrando y favoreciendo al verdadero mérito.



Sale el sol que el orbe alegra...

y yo pienso taciturno:

cada vez que sale el sol

cobra el rey cuatro mil duros.

—¡Y si no sale, tambien!

me grita un viejo machucho.



Alguna vez han de tener razon los diarios ministeriales.

Dice uno de ellos:

«Hoy no existen camarillas.»

Y es verdad. ¡Cómo que aun no está resuelto lo de la servidumbre de palacio!



El *Tribuno*, diario progresista de Valencia, cesa en su publicacion por varias razones.

1.<sup>a</sup> Porque le parece que la conciliacion es ya un hecho en los momentos en que más encarnizadamente se disputa sobre si ha de ser unionista ó progresista la servidumbre de palacio, y cuando se considera *casus belli* el proyecto de formar el Casino-Victoria contra la Tertulia.

2.<sup>a</sup> Porque pareciéndole un hecho la conciliacion, dejando de publicar el periódico habrá más holgura para reorganizar el partido.

3.<sup>a</sup> Porque así se podrá hacer otro periódico mejor, dado caso que sea conveniente otro periódico.

¿Y crearán Vds. que ninguna de las tres razones he entendido?



La Patria ha muerto.

Me explicaré: *La Patria* era un periódico carlista de Vich, el cual desaparece de la prensa y anuncia que la junta carlista de aquella provincia (quiere decir diócesis), cesa en sus funciones.

Lo cual prueba que aquella junta carlista daba funciones sin que nadie lo supiera.



—¿Han visto Vds. qué horrores?

¡Poner una escuadra de cañoneras en el Sena contra los compatriotas!

¡Prohibir que se envíen mercancías por el Sena!

¡Prohibir la expedicion de pasaportes para determinados puntos!

—¡Calle Vd., hombre! Esos bribones de rojos...

—¡No! ¡Si esto no lo hacen los rojos: lo hace el gobierno de Versalles!

—¿Ah, sí? Pues bien: esos bribones de rojos son capaces de obligar á uno á hacer mil disparates.



La Tertulia progresista anatematizó el jueves los hechos ocurridos en el café Internacional.

—Es extraño; me figuraba yo que no se atreveria con los apaleadores.

—No, si á quien censuró fué á los apaleados.

—Eso es ya distinto; en ese rasgo reconozco á la Tertulia.



Insertamos á continuacion la carta que un jugador oficial nos remite: la suscripcion nacional para el objeto á que la carta se refiere está ya cerrada; esto no obstante, bien podemos añadir á ella el valor del décimo que á la citada epístola acompañaba:

«Amigo Sanchez Perez:

Has tenido, entre muchas buenas ideas, la acertadísima de proponerte erigir una *estaula* á D. Práxedes. ¡Bravo, Antonio!

Yo no puedo permanecer indiferente á tu pública invitacion: ¡imposible! ¿Quién que de libre—ó liberal—se precie no contribuirá á tan magnánimo proyecto?

Te envío un billete (*papel-moneda*) de lotería, que vale—así lo afirma el director del ramo—mil doscientas milésimas de escudo (vulgo tres pesetas): eso costó, y no debe de haber desmerecido, porque no le he usado casi nada—ni siquiera me he permitido cobrarle,—y solo me he servido de él para confrontarlo con la lista de los premios, donde por cierto no hallé número alguno que se le pareciera.

Supongo que no habrá salido premiado, pero no por eso deja de valer ¡tres pesetas! Las letras en que así lo afirma autorizada persona no se han borrado con el sorteo.

Recíbelo para el coste de esa obra monumental, y no olvides que soy un *mayor contribuyente* de ella y que pago en... *billete*, por lo cual me considero con derecho á hacerte una observacion.

No pongas á caballo la estatua, porque podria disgustarse la Tertulia: ni le pongas cerca los derechos individuales; ya sabes que no puede aguantarlos, ni aun escritos.

Soy tuyo afectísimo y liberal.—Un jugador oficial (*de lotería*).»



Un 70 por 100 de los españoles que parten para América llevados por empresas especiales, perecen en aquellos remotos climas.

¡Y sin embargo, siguen emigrando!

Esto hace el elogio de nuestros gobiernos.



En Barcelona, los famosos voluntarios, ó séase mercenarios de la libertad, han añadido una hoja más á su corona de héroes.

El campo de la hazaña fué, como es de suponer, una taberna.

Hé aquí el drama:

*Escena única.* Personajes: Un sargento de francos, un cabo de voluntarios, un *hombre*, una mujer. (Al levantarse el telon, entran el *hombre* y la mujer.)

El *hombre* pide un vaso de vino, y al ir á beberlo, el *sargento de francos* le derriba heroicamente el vaso de un manoton.

La mujer reconoce al agresor.

El sargento lleva al colmo su heroismo abofeteándole.

El hombre indignado se dirige al sargento.

Este, más heroico que nunca, le enviste con revólver en una mano y sable desenvainado en la otra.

Salen ambos por un lado, entran por otro, y el sargento, todavía más heroico, aunque parezca increíble, abofetea y suelta un tiro á un joven indefenso que encuentra al paso.

Corridas, sablazos á diestro y á siniestro, trapiés, blasfemias, pánico...

Al fin aparecen como evocados unos morosos agentes de la autoridad y se llevan á los héroes.

(Cáese la cara de vergüenza.)



¿Les dije á Vds. que mi amigo Benito Rodriguez habia sido preso por *mor* del asesinato del general Prim?

Pues sí: federal, grueso y con barbas, figúrense Vds. si era lógico que lo prendiesen.

Y resulta contra él que á los cuatro dias y medio fué puesto en libertad.

Ignoramos á quién le toca el turno ahora.

Pero tranquilícense los liberales; antes faltará el sol que falte federal preso.



Segun vemos, doña Isabel de Borbon sigue viviendo tranquila en Ginebra.

En todo el mundo no ha encontrado mansion más grata que la de una república federal.

Si siempre hubiese estado allí, ¡qué feliz habria vivido... y nosotros tambien!



Háblase mucho de la conversion de Gonzalez Brabo al carlismo.

Se dice además que ha llegado á Madrid.

Y se dice tambien que no ha llegado.

Pues mire Vd., hablando con franqueza, todos estos hechos me... son indiferentes.



Nuestro compañero Sanchez Perez escribió hace pocos dias unos comentarios á cierto prospecto de festividades religiosas, repartido profusamente en Castellon.

Al hacerlo no tuvo en cuenta una circunstancia.

Los actores de aquellas funciones pertenecen á la Compañía de Jesús.

Así nos lo advierte un vecino de aquella ciudad, y creemos del caso que se tenga en cuenta esa circunstancia.

¿Con qué jesuitas...? Hombre, bien.



*La Igualdad* del miércoles decia:

«Nuestro número de hoy no será denunciado.»

Y en efecto, lo fué.



El gobierno quiere hacernos el bú repitiendo cada dia que los carlistas intentan lanzarse al campo.

No lo creo.

Los diarios carlistas dicen que su partido no intenta nada.

Pues... tampoco lo creo.



En diarios ministeriales he leído que *La Internacional* tiene dinero en grande para promover un conflicto.

¡Qué vergüenza para el gobierno!

¡Carecer de dinero cuando lo tienen los demagogos!

¡Ya sé yo á quién me arrimo!



Un consejo de guerra condena al general Contreras.

Otro consejo absuelve al general Bláser.

Uno y otro consejo juzgaban idénticos hechos.

Con que... átenme Vds. esos cabos.



Cuando leia en *La Iberia* del juéves que el ministro de la Gobernacion merecia aplausos por su actitud con motivo de la ocurrencia del dia 2, recordé involuntariamente aquellos versos de Iriarte:

Estaba el cerdo presente

y dijo: ¡bravo, bien va.!

Temeroso, sin embargo, de que los chuscos ó los mal pensados digan: «toma, aquí el cerdo es *La Iberia*,» me limitaré á preguntar: ¿Quién alaba á la novia?

Y no doy la contestacion: observen Vds. que no contesto.



Los hermanos Hanlon Lees, que trabajan en el Circo de Price, hacen efectivamente cosas notables.

Cuando los veo jugando con un muchacho, á riesgo de romperle la crisma, se me representan Sagasta y Romero Robledo jugando con el cuerpo electoral.

Solamente que los hermanos Hanlon todavia no han descrismado al chico, y el ministro y el subsecretario de Gobernacion han quebrantado muchos huesos á los electores.

Esa es la diferencia.



*Definicion.* En *La Iberia* encontramos lo siguiente: «*La Commune* es un puñado de cobardes entre una masa de bandidos.»

Se me figura que cuando *La Iberia* esperaba los dos años y un dia para entrar al servicio de doña Isabel II, debia definir el palacio de Borbon en estos términos:

«Es una casa de personas honradas y valientes.»



¡Se da la voz de alerta contra el comunismo!

Se anuncia que ya no son los carlistas solos, sino estos y los isabelinos unidos los que van á dar el golpe.

Si yo tuviera propósitos de hacer un golpe de Estado, por ejemplo, proclamando al *principe* Alfonso con la regencia de Montpensier, tambien propagaria noticias de trabajos comunistas, carlistas y federalistas.

## LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

POR ROBERTO ROBERT.

Se han publicado tres repartos que contienen:

*Introduccion.*

*El dinero de la Iglesia.*

*La Honestidad.*

*Los Cruzados.*

*Et Pillaje.*

Dirigirse á D. J. E. Morete, editor, calle de las Beatas, 12, Madrid, y principales librerías.

Remítanse DOCE REALES, importe de la obra.

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.